

# Pedro Henríquez Ureña : Educador de América

Arq. Roberto L. Bergés.

Al analizar, con gran asombro y admiración, la figura de nuestro Pedro Henríquez Ureña, encontramos una característica resaltante en su extraordinaria personalidad, su universalismo. Desde los tiempos del Renacimiento, y sobre todo con el advenimiento de esta era de la especialización y la cosmovisión materialista, es harto difícil encontrar esa enorme gama de conocimientos, intereses, vocaciones esa extensa y profunda erudición que este hombre inusual poseyó, no como aditamento ornamental para exhibir frente a los demás, o como instrumento de disfrute personal, sino como rico acervo humano para brindar a sus semejantes, para enseñar, para orientar, para despejar; para formar una generación capaz de llevar a su plenitud una noble idea de panamericanismo ilustrado y de progreso solidario con justicia y orden social.

Este gran hispano-americanista, de proyección mundial, pudo haber sobresalido en un vasto número de campos del conocimiento humano. Sus extraordinarias dotes y fina sensibilidad como poeta, escritor, ensayista, crítico de arte en los campos de la literatura, la música, la pintura, como lingüista, filólogo, matemático, filósofo, historiador, lo destacan como figura sobresaliente en cualquiera de esas vertientes. En cada una de ellas, la amplitud y profundidad de su erudición resultan sorprendentes. Podríamos señalar, por ejemplo, que a pesar de su vocación hispanista y su gran amor por la patria grande que para él constituyó toda la América hispánica, sus conocimientos en el campo de la literatura norteamericana



fueron escasamente sobrepasados. en su tiempo. Sus estudios en el campo de las expresiones vernáculas, de indigenismos y africanismos, y de los aspectos estructurales, fonéticos, ortográficos, sintácticos y semánticos de la lengua castellana merecen una especial consideración en la historia de la lingüística. Sus estudios filosóficos, por otra parte, lo hubiesen convertido en connotada figura en este campo. Basta mencionar, en este sentido, un comentario de Eugenio Pucciarelli en su ensayo "Pedro Henríquez Ureña, Humanista": "No disponemos, sin embargo, de una confesión personal que nos ilustre acerca de la articulación de sus principales convicciones, aquellas que constituyan los fundamentos de su saber y de su obrar. Pero tampoco es difícil reconstruirla a través de sus propios escritos. Se presta, para esa tarea, multitud de expresiones aisladas: críticas a filósofos cuyas doctrinas exponía acreditando familiaridad con los textos originales —Spinoza, Comte, Mill, Nietzsche—; referencias frecuentes, a veces con entusiasmo atemperado por oportunas reflexiones críticas, a Platón, Kant, Hegel, Croce, Boutroux, James, Bergson, Santayana, Husserl; mención de figuras importantes, como puntos de referencia para facilitar la ubicación de ciertas ideas —Descartes, Hobbes, Hume, Hamilton, Taine, Renan—; utilización de los textos de historia de la filosofía que se consultaban hace cuarenta años: Zeller, Windelband,

Hoffding, Weber, Fouillée. A ello ha de añadirse, como fuente no despreciable, sus frecuentes exploraciones en las ideas de pensadores americanos —Sarmiento, Bello, Martí, Hostos, Varona, Rodó—, en cuyas obras se esforzaba por descubrir el acento personal, ahogado, muchas veces, bajo la coraza de expresiones extrañas. Con este cúmulo de elementos, lo mismo que con las reflexiones que pueden desprenderse acerca del método y la finalidad de sus trabajos de investigación en el dominio de las ciencias de la cultura, es posible señalar sus preferencias filosóficas, el núcleo de convicciones fundamentales que inspiró sus teorías y la conducción de la vida."

Sus estudios, su participación, y sus intervenciones en el mundo académico, por otra parte, constituyen un hermoso cuadro de fecunda intelectualidad. Se podría mencionar brevemente, como ejemplo, algunos aspectos de su vida en este sentido. Don Pedro, en diversas épocas de su vida, fué Oficial Mayor de la Secretaría de la Universidad Nacional de México, Profesor de Lengua Española en la Escuela Superior de Comercio y Administración y Catedrático de Literatura Española e Hispanoamericana en la Escuela Preparatoria de la Universidad Nacional, así como de Literatura Inglesa e Historia de la Lengua y Literatura Española en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional en México. Se graduó de abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad de México, de "Master of Arts" y "PhD" en la Universidad de Minnesota. Fué Director Fundador de la Escuela de Verano y del Departamento de Intercambio Universitario de la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, y Director General de Enseñanza Pública en el Estado de Puebla, México. Desempeñó la Superintendencia General de Enseñanza en la República Dominicana. Ocupó la prestigiosa cátedra Charles Eliot Norton en la Universidad de Harvard. Dió charlas y conferencias como Profesor Invitado en varias otras universidades norteamericanas. Y fué profesor de la Universidad Popular Alejandro Korn, en La Plata, así como secretario y catedrático del Instituto de Filología en la Universidad de Buenos Aires.

A pesar de esta larga y fecunda trayectoria en tantos quehaceres intelectuales, sin embargo, este gran hombre escogió un camino más discreto, menos ostentoso, sacrificando, por así decirlo, sus otros talentos e intereses, en aras de la actividad más noble del ser humano, la del

magisterio. Eso fué, sobre todo, nuestro Pedro Henríquez Ureña, un gran maestro, un orientador de juventudes. Veamos lo que señalan en este sentido algunos de sus discípulos egregios: Juan Jacobo de Lara, su más certero y exhaustivo biógrafo, afirmó en su obra "Pedro Henríquez Ureña — Su Vida y su Obra" lo siguiente: "Pedro Henríquez Ureña fué toda su vida, antes que nada, un maestro: por temperamento, por vocación, por aptitud ... desde muy temprano se manifestó en Pedro el placer de enseñar, el goce de la conversación constructiva y el amor al estudio."

Su discípulo Samuel Ramos, connotado intelectual mexicano, destaca que Pedro Henríquez Ureña "se convertía en el colaborador de sus discípulos; tenía presente el tema que cada uno trabajaba y les hacía llegar constantemente los datos e informaciones que él encontraba en sus propias lecturas. Nunca pude saber como este hombre lograba informarse y estar al día de todo cuanto ocurría en la vida intelectual del mundo entero. Sorprendía la universalidad de su saber... Siempre dispuesto a enseñar, era pródigo de su saber y prefería, como Sócrates, la conversación con el discípulo a la conferencia de cátedra. Me impresionó descubrir que Henríquez Ureña no era de los maestros que hablan para un grupo de alumnos desconocidos. Se acercaba a cada uno de nosotros para conversar amistosamente y conocer sobre nuestros intereses, nuestros trabajos y nuestras vidas." Alfonso Caso, otro de sus discípulos mexicanos, lo describe como sigue: "Maestro de cultura y de vida, él despertó en todos los que lo trataron el deseo de una investigación profunda; de una búsqueda apasionada de la verdad; de un riguroso método en el estudio; de una amplitud de visión que lo hacía interesarse por todas las cosas e investigar todos los problemas. En Pedro Henríquez Ureña la bondad era casi santidad. La existencia de Pedro Henríquez Ureña será un ejemplo constante y modelo en la investigación literaria de Hispanoamérica; pero será para quienes lo conocimos, una de las más recias, de las más nobles y más altas realizaciones humanas."

Su hermano Max Henríquez Ureña dijo "La personalidad de Pedro singularizaba por su temperamento de maestro. Conversar con él era aprender. Enseñaba, enseñaba siempre, con naturalidad y sin esfuerzo ni vano alarde de saber. En todo momento era, por excelencia,

maestro."

Aún así, y muy a pesar de esta especial predilección suya, Pedro Henríquez Ureña halló tiempo para producir unos seiscientos opúsculos escritos, entre ensayos filosóficos, políticos y sociológicos, obras netamente literarias, así como críticas y evaluaciones del arte contemporáneo de la pintura, la literatura, el teatro, la música, y no menos importante, estudios e investigaciones de lingüísticas y filología. Su principal obra, la esencia de su pensamiento y de sus afanes intelectuales, la continúan sus discípulos, al igual que la de ese egregio griego que nunca nos legó nada escrito y que sin embargo ha sido uno de los más influyentes pensadores en la historia de la humanidad — Sócrates.

Cabría preguntarnos en este momento: ¿Cuál fué la esencia de su filosofía en el campo educativo? ¿Qué ideas, criterios, y conceptos humanísticos guiaron su cátedra?

Dejemos que nos hablen algunos de sus discípulos acerca de esta interrogante:

Ernesto Sábato, ese extraordinario hombre de letras argentino, dice de él lo siguiente: "Fué un espíritu de síntesis, que ansiaba armonizar el mundo de la razón con el de la inspiración irracional, el universo de la ciencia con el de la creación artística. Su síntesis de individuo y universo, de razón y emoción, de originalidad y tradición, de concreto y abstracto, de hombre y humanidad es evidente en toda su obra de investigación y de enseñanza. No era un ecléctico; era un romántico que quería el orden, un poeta que admiraba la ciencia."

Eugenio Pucciarelli, por otra parte, afirma lo siguiente sobre su filosofía educativa: "Por sus inclinaciones íntimas, traducidas en la obra de toda su vida, Henríquez Ureña pertenece a los hombres de estirpe platónica. El mismo no ignoraba los componentes de ese temperamento y, al estudiar la personalidad y la obra de artistas contemporáneos y del pasado, había llamado la atención sobre esa fusión de elementos espirituales en que el goce que depara la creación de la belleza se conjuga con la avidéz por la verdad y la apasionada inclinación al bien."

"Los rasgos de su espíritu resaltan en su sobrevaloración de la utopía, ilusión fecunda, apoyada en la razón, que guía la acción, la encamina hacia objetivos valiosos y confiere sentido moral al obrar humano.. No olvidaba los aspectos de la realidad reacio a entrar en el

marco de la utopía. Consideraba que la utopía no es un ornamento imaginado para embellecer la realidad y dejar para un futuro indeterminado la conquista de la perfección. La concebía como un medio para criticar a la sociedad de su época con deseos de mejorarla, y la esgrimía como instrumento de una voluntad de reforma que pugna por hacerse carne en la realidad más próxima. El contenido de su utopía, que hechos recientes han venido a prestar actualidad, era la unidad de América hispánica."

"Platónica era también en Henríquez Ureña su concepción de la justicia como virtud reguladora, tanto en la esfera siempre amplia de lo social como en la más restringida de la vida individual de cada miembro de la comunidad. La justicia contribuye a constituir nuestra excelencia y es la fuente de nuestra felicidad más íntima. Platón la estima como la clase más noble de los bienes, aquellos que hay que apreciar por sí mismos, si se aspira a ser feliz. Para Henríquez Ureña la justicia era la virtud más alta y, a la vez, la estrella polar que había de guiar toda la acción del gobernante. Sin ella, las otras virtudes —templanza, coraje, sabiduría— no tendrían posibilidades de surgir y, una vez nacidas, no podrían mantenerse duraderamente. Esta virtud era la condición del equilibrio en la vida individual y el orden que mantiene la cohesión y la armonía social. Sin justicia toda acción política se desliza hacia los fondos cenagosos de la degradación social."

"Platónica era igual en Henríquez Ureña su estimación de la educación. Estaba firmemente persuadido de que el individuo no alcanza su plenitud en la soledad, sino en la comunidad, y que ésta impone sutiles exigencias. Creía que el ennoblecimiento moral sólo puede lograrse por el camino de la educación. No concebía a ésta como acumulación de saber sino como formación de un alma armónica. Y sólo puede alcanzarse la armonía allí donde se ha determinado la jerarquía de los valores que habrán de regir el comportamiento de los hombres. Pugnaba por una reforma de nuestros sistemas educativos, atentos en exceso a las exigencias del conocimiento y negligentes en lo que concierne a la formación moral del individuo. Creía en la eficacia de la prédica, aun en medios y épocas en que la palabra y el ejemplo parecen diluirse en el desierto. América hispánica reclamaba, en todos los niveles, desde el más elemental de la escuela primaria hasta el más exigente de los grados superiores de la Universidad, información y

disciplina, saber y técnicas de investigación y acción. La verdadera integración social, que los países de este lado del Atlántico reclaman con imperio, sólo podrá lograrse por el esfuerzo conjugado y sostenido de la educación. Pero la educación es también la posibilidad de un mayor acceso al goce de la belleza, una superación de la vulgaridad en los gustos y en la apreciación de la obra de arte."

Enrique Anderson Imbert, gran escritor argentino, nos ofrece unos toques gratamente humanos con las siguientes expresiones: "Lo vimos entrar al aula, y por la primera vez supimos qué era la poesía y quiénes la hacían. Tenía una rotunda voz de bajo, tenía unos ojos muy negros que sin esfuerzo lo veían todo, tenía una sonrisa irónica y dulce con la que nos dirigía. Luego lo vimos andar por las calles de La Plata y encontrarse con otro americano excepcional: Alejandro Korn. Y en aquella limpia aldea el diálogo de esos dos hombres creó una tensión nueva. Luego lo vimos en la intimidad. Nos llevó a su casa, nos enseñó a vivir y a pensar, a oír música y a escribir cuentos, a leer los clásicos e informarnos de las ciencias, a disfrutar de las literaturas modernas en sus lenguas originales, a conversar, a gustar de la pintura, a trabajar y apreciar el paisaje y la bondad. Sobre todo, nos enseñó a ser justos. Convergían en él grandes tradiciones de cultura. Y lo que a nosotros nos asombraba era que tanto saber y tanta comprensión pudieran mostrarse así, sencillamente. Siempre estaba ocupado y sin embargo siempre nos acogía. Si yo he aprendido a escribir, a él se lo debo."

Por otra parte, nos afirma que: "Yo no lo puedo imaginar sino hablando muy lentamente, con un ritmo verbal que denotaba la exquisita y decantada prudencia que otorga la sabiduría, pero que no llegaba a ocultar la militante actitud crítica ni la ágil profusión de los pensamientos que entrechocaban en su mente... Su voz no estaba hecha para la imprecación, ni para la injuria, ni para el debate; estaba hecha para el trasiego de las ideas. Medido en el andar, contenido y débil en el gesto, tenía una insospechada audacia en el pensamiento y un desusado valor moral para defenderlo. Era el suyo un pensamiento libre, y parecía casi siempre un puro pensar."

Finalmente, parece justo consignar lo que el propio Pedro Henríquez Ureña consideró como algunas concepciones fundamentales en su pensamiento como educador. En estos tiempos confusos, en que basamos

nuestra visión del mundo en conceptos cuantitativos y en el desarrollo y manipulación de las riquezas materialistas, Don Pedro nos exhorta a que "Nuestra América debe afirmar la fé en su destino en el porvenir de las civilizaci6n" y en el hecho de que "en cada una de nuestras crisis de civilizaci6n, es el espírítu quien nos ha salvado.. el espírítu ha triunfado, en nuestra América....., ensanchemos el campo espiritual' demos el alfabeto a todos los hombres, demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos en fin, hacia nuestra utopía. En el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias de carácter que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones, pero todas estas diferencias, en vez de significar divisi6n y discordancia, deberán combinarse como matices diversos de la unidad humana. Nunca la uniformidad, ideal de imperialismos estériles; sí la unidad, como armonía de las unánimes voces de los pueblos."

En lo concerniente a la necesidad de producir hombres con una visi6n del mundo acorde con la personalidad cultural contemporánea y al mismo tiempo en consonancia con los más preciados valores de la civilizaci6n, evitando los especialismos alienantes, Don Pedro señaló: "El remedio, para nosotros, es sencillo: no perdamos de vista nuestra sana orientaci6n latina, las tradiciones intelectuales que nos dieron el hábito de clasificar y coordinar los conocimientos, la noci6n clara de que cada disciplina esencial tiene su lugar necesario e insustituible en el programa de cultura que deben cumplir las escuelas."

En relaci6n con la secular controversia en torno al gobierno de las universidades, Pedro Henríquez Ureña nos alerta acerca de los peligros de la instituci6n en manos del estado, o en manos privadas ineptas, de la siguiente manera: "Si la Universidad no ha de ser una simple fábrica de títulos, o una escuela que representa los intereses estrechos de una clase económica especial, sino un servicio público en el orden científico, su gobierno debe ser distinto del de una compañía minera, y la situaci6n del catedrático debe ser distinta de la de un empleado de ferrocarril. El catedrático debe estar seguro de su puesto."

'El mal está, como se ve, en el poder excesivo que ejercen sobre la educaci6n personas cuya competencia es discutible y cuyos intereses personales pueden parecerles más importantes que los de la cultura. En igual caso se

hallan, pues, los gobiernos y los consejos administrativos. La solución indispensable, en uno y otro casos, es poner en manos aptas ese poder."

En cuanto a la responsabilidad del Estado, Don Pedro observa que "La instrucción es necesaria para todo hombre. La naturaleza educa por sí sola, a su modo, pensaba Huxley; su educación es 'obligatoria'; pero dura y larga con exceso. La educación artificial debe ser una anticipación de la natural. En la vida moderna, ser ciego no es mayor limitación que no saber leer; ser cojo es menos grave que no saber escribir. Supuesta la necesidad práctica de la educación, el primer deber del Estado es exigirla a todos; el segundo deber es darla a los que no tengan recursos para proporcionársela a sí mismos." Más adelante añade con énfasis lo siguiente: "La alta cultura no es un lujo: los pocos que plenamente la alcanzan son los guardianes del conocimiento; sólo ellos poseen el laborioso sutil secreto de la perfección en el saber; sólo ellos, maestros de maestros, saben dar normas ciertas y nociones seguras a los demás: a los profesionales, a los hombres de acción superior, a los guías de la juventud. Sin los maestros dueños de alta cultura, no tendría un país buenos hombres de profesión ni de enseñanza; vegetarían sus empresas, sus construcciones, sus leyes, sus escuelas. Las escuelas elementales son imperiosa necesidad social; pero no pueden prosperar si no son la base de una pirámide cuya cima es la Universidad."

Así, este gran hombre, esta alma noble y generosa, nos ha dejado un legado de erudición y sabiduría de extraordinario valor para nuestro mundo en transición. Este hombre que una vez nos dijo "no basta vivir para la educación... hay que sufrir por la educación," constituye uno de los hitos resplandecientes en el camino de Hispano-América, en posesión de su propia identidad y de su rol protagónico en nuestro mundo.

Don Ernesto Sábato, en este sentido, quizás haya sido quien mejor expresó la trascendencia de su paso por el mundo, con las siguientes palabras: "A medida que pasan los años, ahora que la vida nos ha golpeado como es su norma, a medida que más advertimos nuestras propias debilidades e ignorancias, más se levanta el recuerdo de Henríquez Ureña, más admiramos y añoramos aquel espíritu supremo."